

Bataille, la lectura sin retorno¹

Diego Tatián

Es posible seguir en Córdoba un rastro nítido que desemboca hoy en este libro, y que valdría la pena mencionar. Es muy probable que el primer libro de Bataille editado en la Argentina haya sido el que, bajo el sello Ediciones Signos (presumo que Bernardo Nagelkop era el editor), agrupaba tres conferencias traducidas por Oscar del Barco (bajo la firma de Alberto Drazul), Emilio Terzaga y Alfredo Paiva –quien también había escrito el prólogo. En el pie de imprenta se lee: junio de 1968. Poco después, en la editorial Caldén impulsada por José Luis Mangieri, (en la colección “El hombre y su mundo” que dirigía Del Barco) salió *Breve historia del erotismo*. En 1981, Las ediciones de Dianus publicó *Madame Edwarda* y *La práctica de la alegría ante la muerte*. Allí vamos a encontrar los nombres de Ignacio Rivero la Camoire, María Josefina Páván, Carlos H. Monsegur, como traductores y curadores de la edición. Según creo se trata de nombres de ficción, y en realidad quienes prepararon el libro fueron Antonio Oviedo y Carolina Scotto.

Antes de este volumen, Juan Carlos Maldonado ya había publicado en Alción un texto de Bataille sobre las cuevas de Lascaux traducido por Axel Gasquet (*Lascaux o el nacimiento del arte*, 2003), y luego Silvio Mattoni seleccionó y tradujo dos importantes compilaciones de ensayos para la editorial de Buenos Aires Adriana Hidalgo (*La felicidad, el erotismo y la literatura*, 2001 y *La conjuración sagrada*, 2003).

Inhumanidad, erotismo y suerte (Alción, 2008), con ensayos de Adriana Canseco, Natalia Lorio y Gabriela Milone, se inscribe en esta pequeña his-

¹ Texto leído en la presentación del libro *Inhumanidad, erotismo y suerte* (Alción, 2008), de Adriana Canseco, Natalia Lorio y Gabriela Milone, en el Centro Cultural España-Córdoba, el 4 de diciembre de 2008.

toria —que es también una historia de editores: nombro otra vez a Bernardo Nagelkop, Oscar del Barco, Antonio Oviedo, Juan Carlos Maldonado.

Probablemente sea la muerte el sujeto del lenguaje, del erotismo, del arte y de todo lo que se considera propiamente humano. La criatura humana no es tanto un viviente sino más bien un muriente, es decir alguien signado en sus actos y sus ideas por un coloquio con la muerte. Si pensamos por vía negativa, tal vez esto se vuelva más claro: imaginemos —imposible imaginación en realidad— que somos inmortales: ¿hablaríamos, seríamos afectados por esa indeleble marca de la finitud que es el erotismo; tendríamos necesidad de inventar significados sin conceptos (e.d. Arte)?

Erotismo, lenguaje, arte, son excrecencias de la finitud, lo que significa: haber abandonado el pueblo de los niños del que habla Adriana Cancero, el pueblo de los niños al que pertenecemos alguna vez como criaturas eternas, antes de caer al tiempo. El pensamiento de Bataille es la más intensa rebelión contra la finitud (contra la “discontinuidad”), accesible para cualquier ser humano. De manera muy extraña, hay un núcleo democrático en su experiencia —o digamos así una facticidad de la muerte, del erotismo, del arte, abiertos a *cualquiera*.

Sin embargo, también esta idea democrática está afectada por la suer- te y nada tiene de numérica. Y esa facticidad no se confunde con una positividad ni con algo que se da de manera obvia. El erotismo es íntimamente humano pero no va de suyo —como tampoco el arte y la política son necesarios para la vida, ni existen ya siempre ahí, cada vez que estamos en presencia de un colectivo de seres finitos que hablan (que, diría, *por tanto* hablan). Es posible vivir sin arte, sin política y sin erotismo. No es posible, en cambio, vivir sin entretenimiento, sin sexualidad y sin sociedad (en cuanto una administración de las necesidades, una división del trabajo, una economía, una organización del parentesco...).

Ser una criatura finita significa, ni más ni menos, no ser un animal ni ser un dios. Ni el animal ni el dios pueden hablar, ni producir objetos inútiles y absolutamente sustraídos a la funcionalidad biológica, ni son capa-

ces de desear (esto es: querer dar lo que no se tiene a quien no lo quiere, según Lacan), ni de formar comunidades inconfesables, comunidades de amantes, comunidades inoperantes o comunidades literarias (“comunismo literario” es la expresión exacta de Bataille). Esta exploración del límite, de la finitud –y la rebelión en su contra– es la intimidad, el corazón del acontecimiento-Bataille (estrictamente, lo que hace un hueco en el saber).

En su recorrido por las *nouvelles* de quien firmaba como Pierre Angelique, Adriana Canseco invoca un texto que, de manera sucinta designa la hiancia a la que el pensamiento batailleano vuelve una y otra vez: “lo único que podemos hacer es sentir en común el vértigo del abismo. Puede fascinarnos. Este abismo es en cierto sentido la muerte, y la muerte es fascinante”. En *El sexo y el espanto* Pascal Quignard recuerda que *fascinus* es el miembro viril cuando está erecto; fascinante es aquello que no podemos dejar de mirar, aquello de lo que no nos es posible apartar la mirada. La expresión “la muerte es fascinante” alude pues a esos niños batailleanos “que no cierran los ojos”, a un mundo que resulta de una superposición del *Tríptico de las delicias* y *El triunfo de la muerte*.

La tremenda experiencia de lectura de Bataille –en mi opinión sólo comparable a la de Maquiavelo, a la de Sade, a la de Nietzsche...– nos arrastra hacia un límite y muestra a la vez que es mucho más inmediato de lo que se podría creer. Una vez que se leyó una página batailleana ya no es posible no haberlo hecho. Quiero decir, se trata de una *lectura sin retorno*. Por otra parte, también lectura *del* retorno –el retorno de quien no atiende la recomendación de la maga Circe y decide pasar por la isla encantada en la que se escuchan voces que desbarrancan a las vidas de su rumbo, sin taparse los oídos.

Para esa revelación de lo que simplemente somos, Bataille hace estallar los géneros –o encastra un género dentro de otro, fecunda uno con otro, hace que se penetren mutuamente.

Lo que Bataille –lo que la escritura a la que adjudicamos ese nombre– exige: esto es lo central. Lectura sin retorno significa también: *más allá* de la lectura. No se trata aquí, a mi modo de ver, de un mero intelectuallismo, ni de un escepticismo cómodo y sin consecuencias. La implicancia es la de una ética. La ética es lo verdaderamente involucrado en la escri-

tura batailleana. En este sentido, resulta fundamental el concepto de “negatividad sin empleo” que invoca Natalia Lorio, concepto impolítico que remite al de “ausencia de obra”, inoperancia, en el contexto de un *hegelianismo revertido*, si puede decirse, o nihilista, cuyo recorrido va de lo conocido a lo desconocido, del *logos* al grito, del concepto a la risa, de la necesidad a la suerte, del pensamiento que se conquista al pensamiento que se pierde. Pero no meramente pensamiento que se pierde, sino *pensamiento del pensamiento que se pierde*. Aristotelismo revertido, también.

En ese sentido *pensamiento del desastre* (es decir pensamiento que sigue pensando aunque el astro se haya perdido); y *pensamiento catastrófico* también (es decir, pensamiento que sigue pensando después de la caída del astro, en el borde del hoyo dejado por el meteorito). Y si queremos *pensamiento del cataclismo* (palabra griega que designa un diluvio, una inundación, lo que arrasa —el agua que todo lo cubre, no ya un acontecimiento astronómico). Pensamiento detenido en las cosas que el agua trae y deja abandonadas cuando se retira; pequeños objetos que antes no estaban, sin origen, colmados de tiempo. En ese sentido, una filosofía de la *derrota* —que proviene del francés *deroute* y presenta una anfibiología muy interesante: deriva, abandono de la ruta, camino que se va abriendo; también: “rumbo”. Por eso, “derrotero” es el libro en el que constan los rumbos, el mapa de los itinerarios y de las “derrotas” (en lenguaje naval de habla de una “derrota marina” como sinónimo de rumbo).

Dicho de otro modo: preeminencia de la suerte en un mundo a-teológico. Pero, dice Natalia: “La ateología batailleana [que es por eso también una astrología negativa] llama a pensar desde esta perspectiva: ya sin dios y en el fondo de los mundos, no hay revelación, hay decisión”.

Este concepto de “decisión” (tal vez el hilo que articula las grandes filosofías del siglo XX) es uno de los puntos más oscuros del pensamiento batailleano, sobre todo si se lo quiere componer con el de “suerte”. Si es verdad que la lectura batailleana de Nietzsche sustituye el poder por la suerte, la voluntad de poder por la voluntad de suerte, ¿no significaría esto, por añadidura, una sustitución de la decisión por un estado de gracia o un estado de desgracia indecibles?

Como quiera que sea, según creo la pregunta ética que la escritura

batailleana pone en obra es esta: ¿es posible sostener la vida más allá de la verdad, más allá del bien, más allá del gusto, más allá de lo útil..., una vida arrojada a “lo neutro”?

Este concepto de neutralidad, explorado muy eficazmente en las últimas páginas del trabajo de Gabriela Milone, la vía neutra, pues, es una paradójica experiencia del habla: “relación de infinitud y extrañeza”, según Blanchot; “habla poética que se desvía de lo decible hacia lo indecible, que se vacía en lo neutro y se pluraliza hasta su desgracia”, según precisa Gabriela. Pero también la indagación de lo inhumano en Bataille, siempre en el texto de Gabriela Milone, nos coloca frente a un problema político que hacia el final de su vida Lyotard designaba como un “*conflicto de las inhumanidades*” –pues tal vez lo inhumano que todo lo devasta no sea sino efecto de un olvido y una pérdida de otra inhumanidad, íntimamente humana.

La recuperación de estas dos experiencias –lo inhumano, lo neutro [¿es lo neutro, también, un nombre, otro nombre de lo im-personal (lo sagrado)?: pensaba en un Bartleby paradójica y exquisitamente batailleano, habitante misterioso de la pura neutralidad que se abre más allá del juicio]– revisten una gran productividad política. También la resignificación de la idea –de recorrido sin duda accidentado y desgraciado en el siglo XX– de comunidad.

Aquí la paradoja fundamental: la experiencia interior es deseo de comunidad. En esta conjunción se fragua el significado aporético de una comunidad negativa, ausente, inoperante, insustancial, irrealizable... O “inconfesable”, según el vocablo blanchotiano que medita, precisamente, otra frase de Bataille no exenta de paradoja, según la cual “a nadie es posible no pertenecer a mi ausencia de comunidad” –donde lo desconcertante es el adjetivo posesivo *mi*. Posesión de una ausencia a la que nadie está permitido *no* pertenecer. Esa ausencia de comunidad no es un fracaso sino un “momento extremo” y necesario. De ahí el anonimato del libro que, dice Blanchot, no se dirige a nadie y que, por las relaciones con lo desconocido, instauro lo que Bataille (al menos una vez) llamará “la comunidad negativa. La comunidad de los que no tienen comunidad”.

En rigor, toda comunidad –se trate de una comunidad de frailes, una

comunidad hasídica (y los kibutzim), una comunidad de sabios, o bien, en un sentido aún más radical, una comunidad de amantes— quiéranlo quienes forman parte de ella o no, lo gocen o no, estén vinculados por el azar, por el “amor loco” o la pasión de la muerte (Kleist), tiene por fin esencial—dice Blanchot, en comunidad con Bataille— la destrucción de la sociedad. Allí donde se forma una comunidad episódica entre dos seres que están hechos —o no— el uno para el otro, se constituye una máquina de guerra, o mejor dicho una posibilidad de desastre que lleva en sí, así fuere en dosis infinitesimales, la amenaza de la destrucción universal.

¿Estamos en un mundo batailleano? La ocultación de la muerte, la destrucción del erotismo —que, según entiendo, no es en Bataille independiente de una ascética— por la mera licencia vulgar y sensual, inmediata, antilibertina, sin temor ni temblor y sin “parte maldita”, revelarían un mundo —nuestro mundo— completamente antibatailleano. Un mundo contra-Bataille que ha quedado inerme frente al mal, sin capacidad de pensamiento y sin voluntad de experiencia. Sin embargo, el mundo (la cultura) nunca podría ser batailleano —nunca lo fue ni lo será. Pero tampoco podrá ser sin lo que Bataille explora. Como la denuncia de la religión en el *Tratado de los tres impostores*; como el *comunismo* de Marx, la “experiencia interior” tal vez sea una invariante de la imaginación humana que encuentra allí ciertas palabra y luego abandona en favor de otras, sólo eso.